

parte del legado en los propósitos de Alfred Barr, que el MOMA hoy tiene abandonada.

Traducción de Antonio Saborit
tomado de *The New York Review
of Books*

Notas

- 1 *Katalog der Kunstschau* (Viena, 1908), p. 23.
- 2 *Katalog der Kunstschau*, p. 4.
- 3 *Katalog der Kunstschau*, p. 4.
- 4 Que un deterioro similar sucedió en la arquitectura, en especial entre los

estudiantes de Hoffmann, aparece indicado en Franco Borsi y Ezio Godoli, *Vienna 1900: Architecture and Design*, (Rizzoli, 1986), pp. 257-269.

5 Ver *Art and Antiques* (Verano, 1986), pp. 70-90.

6 Ver mi ensayo "Revolt in Vienna", *The New York Review*, mayo 29, 1986.

De la muerte domada a la muerte salvaje

Robert Nisbet

Philippe Ariès, *El hombre ante la muerte*, traducción de Mauro Armiño, Taurus Ediciones, España, 1983, 522 pp.

El hombre es la única especie que entierra a sus muertos. Entre las crisis recurrentes de la condición humana —nacimientos, matrimonios y muerte— la muerte es la que ha generado el mayor número de rituales, gran parte de ellos basados en la creencia de una vida posterior. Es como si en el hombre existiera una disposición instintiva para rechazar a la muerte como algo definitivo, como el término del ciclo de vida. Ya sea que dejemos comida, ropa e implementos en el lugar de la sepultura —como lo han hecho las personas ya desde el paleolítico— o simplemente se ofrezcan oraciones junto a la tumba, la premisa es la misma: la comunidad que te mantuvo en vida también te debe mantener en la muerte. La muerte sucede dentro de la comunidad; la muerte es una herida en la comunidad; la muerte es una partida para la comunidad. Esa es una manera aceptable de abreviar el significado de la muerte en las grandes religiones del mundo.

También es una manera aceptable de describir la perspectiva de Philippe Ariès en cuanto al modo en que se experimentó la muerte hasta hace dos siglos, cuando, según las pruebas de este libro, contrafuerzas significativas empezaron a operar en Occidente. Durante muchos miles de años, los ritos de la muerte, el sepelio y el luto no eran muy distintos en Occidente y aquellos que habían existido en todas partes en la sociedad humana; los asuntos de la muerte no desafiaban el poder de la comunidad, igual que no lo hacían el nacimiento y el matrimonio. Pero en nuestro siglo, sostiene Ariès, ha habido una "abdicación de la comunidad" en cuanto a la muerte; la muerte se deja a una "masa enorme de individuos atomizados"; la muerte se ha convertido en un fenómeno cada vez más solitario, casi "invisible".

Esta conclusión aparece sólo después de varios cientos de páginas de descripciones ricas en detalles de los ritos mortuorios y de las actitudes que las han acompañado en Occidente desde la Edad Media. Debo enfatizar el interés de Ariès en las actitudes, conscientes e inconscientes, ya que es la esencia de todo su método. En

el prefacio nos enteramos que él llegó a estudiar la muerte igual que sucedió con su celebrado estudio sobre la infancia y la familia, *Siglos de infancia* (1962). Ariès quería descubrir hasta qué punto nuestras opiniones actuales están marcadas por el pasado. En su libro anterior, Ariès halló, para satisfacción suya, que la idea de la familia en nuestra época, lejos de ser vieja y de estar ahora amenazada por la modernidad, era en efecto moderna, con no más de dos siglos de antigüedad, y que es una parte esencial del mismo temperamento moderno que supuestamente la amenaza. ¿Podía decirse lo mismo de nuestras actitudes hacia los moribundos, la preparación del cadáver, el sepelio, los cementerios y las costumbres del duelo? ¿Cómo se comparan estas actitudes y prácticas con las de la Edad Media y los siglos que siguieron inmediatamente?

Ayudado por su esposa, Ariès inició su estudio a mediados de los años sesenta, trabajando primero con las costumbres funerarias contemporáneas, luego con las prácticas de los cementerios antiguos y modernos, y finalmente con el resto de material asequi-

ble y pertinente: testamentos, archivos notariales, inscripciones, crónicas y obras literarias. El libro, como se le juzgue, es una historia de la muerte en occidente durante los pasados mil años, profundamente documentada y rica en detalles, que abarca el análisis de todos los aspectos concebibles de la muerte, desde la preparación del muerto hasta el último rito fúnebre. Como sucede con todas las historias especializadas realizadas por autores de gran imaginación y sapiencia, *El hombre ante la muerte* ilumina bastante más aspectos de la historia occidental que sólo los patrones y estilos de la muerte.

A partir de una memoria que se publicó en París en 1979, *Un Historien du Dimanche*, sabemos que Ariès nació en 1914 en el seno de una familia devotamente católica en la provincia de Francia, que tenía vínculos estrechos con la Action Française. El mismo Ariès fue miembro de este grupo político de extrema derecha, y aunque él renunció de joven en protesta contra el creciente carácter patológico de su líder, Charles Maurras, parecería que su idea de la nación, la sociedad, el pasado y el presente, no ha cambiado mucho en lo que va de su vida. No está muy desencaminado decir que las creencias políticas y sociales de la Action Française subyacen en la investigación de Ariès. El es muy hostil ante el moderno, secular estado centralizado, ante el individualismo inflamado y el egoísmo que genera, en gran medida, el estado moderno. Le tiene un afecto eterno a las relaciones sociales tradicionales —la familia, el vecindario, la comunidad, la región ~~que están intermedias~~ entre el individuo y el estado actual, y que en la Europa premoderna les dieron a los seres huma-

nos sus certezas y sus libertades. Añádase a esto el hecho que Ariès apoyó a Vichy en la segunda Guerra Mundial y que detestó a la Resistencia —en ningún caso porque amara al nazismo o a los alemanes, sino porque detestaba los principios seculares del marxismo que unieron a la gran mayoría de los de la Resistencia—, y resulta evidente que en él tenemos a un auténtico conservador francés, casi a un reaccionario.

Sólo falta señalar que en el campo de la historia él es un rebelde declarado, y que lo ha sido desde que era estudiante en la Sorbonne. Ahí fue influido profundamente por los historiadores de *Annales* —Lucien Febvre, Marc Bloch, Fernand Braudel, entre otros— y con ellos adquirió una aversión duradera a la convencional historia narrativa por episodios que por lo general se limita a los acontecimientos políticos. Ariès les dio la espalda a los mandarines convencionales de la Sorbonne y en su momento no logró graduarse, con lo cual perdió todas las oportunidades de convertirse en un historiador profesional. De ahí el título de su memoria, *Un historiador de domingo*, porque como para mantenerse tuvo que trabajar en la industria, sus intereses históricos sólo podía ser asumidos como distracción.

El lector debe saber que aunque el libro tiene una estructura generalmente cronológica, empezando con la Edad Media y terminando en el siglo XX, Ariès no es un esclavo de la cronología. No sólo va con frecuencia del pasado al presente o del presente al pasado, sino que también invierte mucho tiempo en los saldos del pasado en el presente y en nuestros esfuerzos por extender el presente hacia el pasado. Igual que presentó a la familia moderna co-

mo ajena al pasado, como un producto de la desintegración de la tradicional comunidad de parentesco, Ariès ve ahora el tratamiento de la muerte en la sociedad occidental como un devenir de mil años desde la “muerte domada” hasta la “muerte salvaje”. Esto es, de una época en la que la muerte era comunal y eminentemente pública hasta nuestros días en los que la muerte se convierte en algo cada vez más privado y en los que ninguna comunidad natural es capaz o está dispuesta a lidiar con ella.

Hay mucho que aprender de este libro. Haciendo a un lado la opinión convencional, la sociedad medieval no fue espléndida en cuanto a la atención que le dio al cadáver y a su disposición como en nuestros días. Las fosas eran tan pequeñas que había que flexionar y torcer los cuerpos para que cupieran; más aún, las fosas se usaban y se volvían a usar, los huesos viejos se cambiaban a otro lugar, por lo general a un osario, en donde tenían que hacer sus propias relaciones. Las fosas comunes, en especial después de las plagas, no eran raras. Pero en la muerte misma, para el que moría y para los que le rodeaban, incluso los niños, el ritual y la actitud se combinaban en una devoción evidente. A través de la exhaustiva investigación de Ariès, podemos ver una sociedad en la que la muerte podría llegar a ser una parte tan natural de la vida como el nacimiento o el matrimonio. De hecho, las muertes eran frecuentes en todas las familias durante la Edad Media, las muertes de los niños en especial, pero no fue la frecuencia sino el carácter comunitario y abierto de la muerte el que le dio su cualidad de “domada” en el juicio de Ariès.

¿Cuándo empezó la muerte a

perder su carácter medieval, para convertirse en una muerte "salvaje"? Sobre todo en el siglo XVII: "En la superficie", dice Ariès sobre el siglo XVII, "las cosas van a seguir como estaban en el pasado medieval... más cabezas de muerto y tibias en las iglesias, la misma obligación de testar", y demás. Pero debajo de esta fachada "se trasluce una actitud nueva o, si no una actitud nueva, una devaluación apenas confesada de las pasadas actitudes". Comienzan a proliferar las evidencias de ansiedad en cuanto a la muerte en la literatura y en los epitafios de las lápidas; más abundante que nunca, Ariès encuentra, es el "sentimiento de contención en cuanto al momento de... la muerte" y una preocupación aún mayor con "la idea de la muerte en términos generales", tan diferente de la concreción de la muerte en la más antigua sociedad tradicional. Del otro lado, concluye Ariès, "Esta vida en la que la muerte pasó a una distancia prudente parece menos amante de las cosas y de las personas que la vida en la que la muerte era el centro".

En cuatro capítulos muy interesantes sobre el siglo XIX nos enteramos de los esfuerzos por racionalizar a la muerte, en la tecnología y en el pensamiento, mientras que al mismo tiempo, la muerte está sujeta a las corrientes del romanticismo, con la agonía, la muerte y los ritos de duelo desbordados frecuentemente por un sentimentalismo que en nuestro tiempo —o antes, para tal caso— no se comprende con facilidad. El capítulo sobre "El tiempo de las bellas muertes" es una obra maestra, y a partir de él se puede entender cómo hasta un gran escritor como Dickens pudo enfan-garse en escenas que ejemplifican la muerte de la pequeña Nell en

The Old Curiosity Shop. Morir hermosamente, en una novela, poema, ópera, lo que fuera, fue claramente una *idée fixe* del siglo, y la vida tendió a seguir al arte, como resulta evidente por cartas, diarios y otros comentarios en los cuales todos los aspectos desagradables del lecho de muerte están consignados al olvido, y sólo leemos de las hermosas emociones de amor, ternura, perdón, felicidad compartidas por todos en medio de lágrimas y sonrisas y manos tomadas.

También hubo, es un hecho, sentimientos agónicos, feos, "sucios" con respecto a la muerte, y en dos secciones muy perceptivas Ariès usa las escenas de muerte en *Madame Bovary* y *La muerte de Ivan Ilyich*, como ejemplos de la muerte "salvaje" y como anticipos de los relatos de "muertes sucias" en la ficción y en la vida del siglo XX.

Es una imagen generalmente sombría la que Ariès nos da del siglo XX. Los ritos antiguos se conservan en grandes zonas de Occidente, pero con éstas aparece "un modo de morir absolutamente nuevo", especialmente en las áreas con mayor desarrollo tecnológico y urbano. La esencia de esta "nueva" muerte es la invisibilidad, un deseo de retirar a la muerte de la familia y de confinarla a hospitales y, cada vez más, a los sustitutos de la familia que llamamos hospicios. Ariès señala la paradoja de los esfuerzos, por una parte, de volver "obscena" a la muerte en compañía amable —como lo fue el sexo en la época victoriana— pero, por otra parte, de controlarla con el actual torrente de libros, artículos y documentales para la televisión sobre la muerte y la agonía. A la muerte que se le corre por la puerta regresa por la ventana, dice

Ariès. El comenta el impacto de la tecnología médica sobre la muerte y la agonía, un impacto cuyas dimensiones e intensidad se empiezan apenas a revelar lentamente en los juzgados, en las conferencias sobre bioética, en las iglesias y en las columnas de los periódicos. Nos llevan a "salones" y "casas" y otros repositorios funerarios, físicos y psicológicos, de los agonizantes y de los muertos. La muerte en el siglo XX —cuando menos para Ariès— se ha vuelto cada vez más "salvaje"; el "salvajismo" primero de la muerte ha regresado; la muerte, durante tanto tiempo "domada", se "asalvajó" en esta época.

¿Se le volverá a domar? Ariès reconoce el trabajo de pioneros como Elizabeth Kübler-Ross en los hospicios, la conciencia cada vez mayor en la profesión médica en cuanto a sus obligaciones para con el proceso de morir como con la salud, y la ayuda de los psicólogos y otros especialistas e investigadores. Tales esfuerzos, concluye Ariès, son intentos por humanizar a la muerte; rinde tributo a los benignos motivos de todos aquellos para los que la muerte se ha convertido en campo de estudio en nuestro siglo; pero yo no detecto en las últimas secciones de su libro nada de optimismo en cuanto a la "domesticación" de la muerte en Occidente en nuestra época, como me sucedió en su libro anterior en cuanto a la reasimilación del niño a la familia y de la familia dentro de la comunidad de parentesco.

Dicho lo anterior, este es un libro sorprendente, uno que merece ser colocado junto a las obras magistrales de S.G.F. Brandon y *Tomb Culture* de Erwin Panofsky, a quienes Ariès elogia. La falta más conspicua de Ariès, al menos

a juicio de este reseñista, es su reconocida dedicación absoluta a los propósitos y las técnicas analíticas de la psicohistoria. Un poco está bien. No molesta que nos digan que aunque los rituales funerarios permanecieron igual, "la idea de la vida y la muerte en el siglo XVI y XVII era fundamentalmente distinta". Tal vez sí, al menos en algunas áreas, aunque

las pruebas que se aducen son magras. Pero cuando Ariès empieza a sumergirse en lo "que estaba moviéndose en las profundidades del inconsciente colectivo", y halla en nuestra sociedad actual de hospitales, hospicios, guarderías, servicios mortuarios y funerarios sólo un "salvajismo violento y disimulado —y pavoroso", le dan ganas a uno de salir corriendo a

las montañas; o más exactamente, hacia los cientos de párrafos de este libro que dan análisis históricos sensacionales de los ritos, los rituales, las ceremonias y las costumbres que durante mil años han rodeado a la muerte en Occidente.

Tomado de *The New York Times Book Review*.

Historia oral: otras voces, otros ámbitos

Bernardo García

Philippe Joutard, *Esas voces que nos llegan del pasado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 384 pp.

Esta es la primera obra de reflexión general que se publica en español sobre el uso de la historia oral en la historiografía reciente. Su autor no está poco familiarizado con el asunto. Al principio de la década de los setenta, después de superar la "desconfianza instintiva" hacia las fuentes orales, ante las limitaciones que le imponían las fuentes clásicas localizadas en archivos y bibliotecas, el historiador francés Philippe Joutard realizó un trabajo exhaustivo de historia oral entre los campesinos de Cevenas, descendientes de los protestantes que en ese mismo lugar y en el Bajo Languedoc se rebelaron en contra de Luis XIV en el siglo XVIII. Más de cien entrevistas, realizadas a veces en más de una sesión, en el lapso de siete años, dieron por resultado *La leyenda de los*

Camisardos (1977), una obra de historia ejemplar que propone un método preciso, y propiamente historiográfico, para tratar las fuentes orales.

Una vez concluido este trabajo, Joutard empezó a trabajar en un proyecto colectivo sobre las tradiciones orales en el sur de Francia con el propósito de entender los discursos que las comunidades enuncian sobre sí mismas y su pasado. En este sentido, aunque el libro es más que eso, *Esas voces que nos llegan del pasado* tiene mucho del tono confesional del practicante, y más aún, de un "converso" hacia las fuentes orales. Preocupado por el retraso de la historiografía francesa en relación a los estimulantes trabajos realizados en otras partes de Europa sobre la historia oral, Joutard participa en el diálogo e intercambio que desde hace años se estableció de manera regular entre los especialistas de la historia oral. De aquí que conozca los trabajos más acabados y las diferentes tendencias, temáticas y

metodologías de las distintas historiografías nacionales. Así, tanto la práctica crítica del oficio como el contacto y la discusión permanente con diversos colegas y proyectos colectivos, colocan a Joutard en una posición privilegiada, y ciertamente autorizada, para desarrollar una reflexión amplia sobre el tema. Le permite plantearse y responder preguntas fundamentales: ¿la historia oral es un simple método al servicio de una vieja disciplina, o es otra manera de hacer y de ver la historia? ¿es una evolución más de las técnicas de la historia, o es un fenómeno más profundo y global de civilización?

Después de dos oportunos capítulos sobre los precursores del tema, *Esas voces que nos llegan del pasado* describe y examina las diversas experiencias nacionales y las razones que influyeron en el impulso de la historia oral. Se detiene con particular interés en las experiencias de Escandinavia, Inglaterra, Italia y Alemania. Estudia los filones más atractivos